

ner algunos tristes y funestos cipreses que hizo plantar al contorno de la capilla, para que con su mustia y muda tristeza anunciassen el destino de aquel lugar.

Pero para quitar á este lúgubre recinto, en cuanto era posible, el austero semblante de su terrible y pavorosa imágen, y para neutralizar los mortíferos miasmas de sus vapores pútridos, hizo plantar, no solo verdes y lozanos naranjos, sino cuantas plantas y flores olorosas podian producir con sus fragancias muchas exhalaciones balsámicas. Allí estaban plantados y confundidos el romero y el espliego, el mirto y el jazmin, y hasta el encarnado clavel y la agradable rosa contribuian con sus matices y perfumes á amenizar la seria rigidez de aquel sitio.

Parecia que mi amigo habia querido despojar á la muerte de una parte de sus horrores; y si los difuntos hubieran podido ver desde sus irrevocables destinos los oficios que les hacian los vivos, hubieran tal vez imaginado que se les preparaba otro paraíso. Pero no: este era un jardin que la naturaleza queria presentar á la fé para preservarla del temor del contagio en sus ejercicios fúnebres, y al considerar la pompa y abundancia con que habian prosperado las fecundas semillas, se podia imaginar que tambien ellas habian querido presentar la imágen de la resurreccion.

La capilla era vasta, pero simple, y de una archi-

itectura sólida y severa. No habia mas que un altar, pero era grande y serio. No habia en él mas que un devoto crucifijo, y en su presencia ardia sin cesar una lámpara que representaba la no interrumpida duracion de la eternidad. Todos los adornos que se veian eran fúnebres y análogos al objeto de este establecimiento. En los dos ángulos de las paredes laterales se habian abierto cuatro grandes nichos en que se colocaron otros tantos esqueletos, y estos eran las respetables reliquias de cuatro personas veneradas, célebres en su tiempo por la alta virtud que profesaron.

Entre ellos estaban los huesos de un antiguo cura, que la devocion habia separado de los otros, depositándolos en una caja que se habia conservado en la iglesia colocada en un sitio respetuoso. Mi amigo los hizo tambien sacar, y conservando el órden con que la naturaleza los establece en la estructura de los cuerpos, los hizo poner en uno de aquellos nichos, y lo cerró todo por delante en cumplimiento de lo dispuesto por la Iglesia. Mi amigo decia, que miéntras estos hombres venerables, que habian seguido sobre aquella tierra la cruz de Jesucristo, esperaban la aprobacion de la Iglesia para ser presentados al culto, podian indicar su situacion para la memoria y el ejemplo; que estas imágenes, despertando la idea de sus virtudes, debian excitar los estímulos de su imitacion; que aquellos eran los mejores libros en que podian apren-

der los ignorantes y los sabios, y que por lo ménos no podian dejar de inspirar á los que entraban pensamientos graves y religiosos.

Sobre cada uno de estos nichos se habia puesto una inscripcion análoga; y en lo mas alto del altar se leia en grandes letras: *Exultabunt Domino ossa humiliata*: Estos huesos ahora humillados en el polvo, volverán á animarse y se presentarán con alegría delante del Señor. En la fachada de la capilla se grabó otra, sacada de uno de los cánticos con que la Iglesia celebra la gloria de los mártires: *Sunt haec plena Deo pignora*: Aquí todo está lleno de Dios. Así en aquel fúnebre recinto todo era sagrado y religioso, todo conforme á las serias ideas de su objeto; y ya que no podia esconder la imagen de la muerte, á lo ménos la mostraba dulce y venturosa con las sublimes esperanzas de la fe.

Desde que se acabó este edificio, se destinó un dia para bendecir la nueva capilla. Se examinó si convendria trasladar á ella los despojos de la antigua iglesia, y aunque muchos pensaron que no debian turbarse aquellas cenizas frias, otros creyeron que seria mejor purificar por entero el lugar en que los fieles debian congregarse. Mi amigo se inclinó á este partido, porque fuera de esta razon le pareció que con este motivo podia hacer una solemnidad, que despertaria la reverencia que se debe á los muertos, y la necesidad que tienen de nuestras oraciones. Se determinó pues el dia en que se de-

bia hacer esta traslacion, y no puedo darte una idea completa de la seriedad y aspecto religioso con que se solemnizó esta pompa funeraria.

Muchos de los curas comarcanos convidados por el nuestro, contribuyeron á darla mas solemnidad. La vispera se habian colocado con órden y distincion las cajas que contenian los cuerpos conocidos; y cada familia tuvo el derecho de reclamar los suyos cuando podian distinguirlos. A las ocho de la mañana empezó esta lúgubre funcion. La iglesia estaba llena, y los que podian vestidos de luto. Se dió principio por el oficio de difuntos, que el clero, aquel dia numeroso, cantó con uncion y respeto. Acabado este, el cura del lugar y todos los otros revestidos se acercaron á las bóvedas, y entonaron los responsos. Entre tanto mi amigo, sus hijos y todas las personas principales del lugar cargaron en sus hombros las cajas de los difuntos que se debian trasladar; todos nos dirigimos al cementerio, y no es posible imaginar el respeto, la decencia y el religioso silencio de esta triste y devota funcion.

Se bendijo la capilla, y miéntras el clero iba á bendecir el campo santo, mi amigo y otros se ocuparon en sacar de sus cajas, y colocar en los nichos los cuatro cuerpos destinados para ellos; de modo que cuando el clero volvió, ya estaba todo corriente, y el altar preparado para celebrar la misa de difuntos. Uno de los curas convidados la dijo con mucha solemnidad, y el nuestro nos predicó un

sermon corto, pero muy tierno y lleno de unción. Despues del sacrificio se entonó un responso general con una gravedad y reverencia difícil de encontrar en un pueblo numeroso y poco instruido.

Esta funcion y otras que con el mismo espíritu se habian hecho en la iglesia, habian contribuido á dar al nuestro la idea de la modestia y respeto con que deben santificarse los ritos religiosos. Pero desde aquel dia este edificio quedó únicamente consagrado á los entierros, honras, cabos de año y todos los demas oficios funerarios. El dia de difuntos se hacen en él todos los oficios del dia, y por este medio, la iglesia desembarazada de toda influencia nociva, ha quedado la casa de oracion, en que se presenta á Dios con el sacrificio de los vivos la oferta de un corazon tranquilo y sin zozobra.

Este cementerio era el término frecuente de nuestros paseos por la tarde, y es el mismo á que nos propusimos ir aquel dia. En efecto fuimos, y despues de haber hecho una breve oracion en la capilla, salimos á pasear por el campo. Mi amigo, dirigiéndose á sus hijos, les dijo: Hijos mios, este es el lugar en que vuestro padre viene á meditar sobre la eternidad, para aprender la importante y difícil ciencia de morir. Siempre que he podido me he transportado aquí para preguntar á estas tumbas y á estos áridos despojos de los hombres que yacen sepultados en las entrañas de la tierra, ¿cuáles son sus oscuros destinos?

Ellos me han respondido siempre, que allí estan aguardando el terrible momento en que la trompeta formidable les dará el aviso de que ya es tiempo de presentarse al soberano Juez; que allí aguardan el soplo divino, que los debe animar de nuevo para unirse otra vez con sus almas en los irrevocables destinos de la eternidad. Observad cómo millares de arbustos frondosos han crecido y prosperado á pesar de tantas calaveras inmóviles, y cómo sus flexibles raices dirigidas por la insensible mano del tiempo, se entrelazan con tantos huesos áridos y yertos entre las cavidades que han formado.

Se diria que impaciente la naturaleza se adelanta al término que tiene señalado su Autor, y quiere anticipar el milagro de la resurreccion. Se diria que ansiosa de presentarnos esta idea, derrama apresurada toda la vida y calor que conserva en su seno, para vivificar cuanto encierra en la tierra desanimado y frio, y que nos dice con un language mudo, pero sublime y elocuente: Todo lo que el tiempo destruye, volverá á reedificarse en la eternidad.

Hijos queridos, que entre vosotros y entre vuestros estudios este sea el principal de todos, y el que os ocupe con preferencia mientras durare vuestra vida. Que este lugar, que aunque triste encierra tantas instrucciones, sea vuestro mas frecuente paseo, y el objeto de vuestra continua meditacion. Venid á visitarle muchas veces, y siempre que ven-

gais hablad con estos mudos testigos de nuestra caducidad, pero tambien monumentos visibles de nuestras esperanzas. Rogad por los muertos, que sepultados en su cerco estan enseñando el camino, y pedidles que os reciban en el seno de la felicidad.

Yo os aseguro, que en ninguna parte siente mi corazon tantas delicias como las que me inspira este espectáculo sombrío y taciturno. Me parece que esta inmovilidad y este silencio profundo que anuncian el imperio de la muerte, son tambien el magestuoso indicio, el augusto presagio del divino sopro que debe reproducir y volver á dar la vida á todos estos inanimados despojos de los hombres.

Cuanto mas considero los multiplicados montones de huesos descarnados y áridos que se pudren y se confunden con la tierra, quanto mas veo aumentarse su número, cuantos mas cadáveres consumen los gusanos en lo interior de estas tumbas, tanto mas me parece que se acerca aquel gran dia en que deben animarse todos. ¡Y cuán grande me parece, hijos míos, el Dios del universo cuando le contemplo en la altura de su inaccesible trono, y que allí está como aguardando que la corrupcion acabe de reducir á polvo todas las generaciones humanas para comunicar su vida y eternidad á todas ellas!

Mi amigo nos dijo otras muchas cosas de esta especie. Nosotros le escuchábamos con veneracion. La enardecida vivacidad de sus ojos, la nobleza de

su expresion y los acentos penetrantes de su voz afectuosa daban á su tono tanta fuerza, y parecian introducir sentimientos tan sobrenaturales y divinos, que sentiamos inflamar nuestras almas con su mismo fuego. Nuestra atencion sumisa, y nuestro silencio reverente tenian el aire de un culto religioso; pero lo que añadia mucho á nuestra satisfaccion, era verle hablar con tanto vigor y entereza, pues esto nos acreditaba su robustez, y el recobro de su salud.

En efecto no parecia entónces ni alteracion en su semblante, ni disminucion en sus fuerzas, y cuando volvimos á casa tuvimos sin novedad nuestros acostumbrados ejercicios. Al otro dia no salió, porque el médico le habia ordenado ciertos remedios que produjeron los efectos deseados; de modo que el siguiente dia se halló en tal estado de salud, que resolvimos ir aquella tarde otra vez al cementerio. Yo empezaba á lisonjearme con la esperanza de que no seria cierto su presentimiento, y daba gracias á Dios de que nos dejase todavía un hombre que era tan útil para nuestra edificacion, y tan necesario para el establecimiento de sus hijos.

Llegó pues la hora, y nos encaminamos al cementerio; pero ¡ay! este melancólico paseo, tan delicoso entónces para mi amigo, y de tanto consuelo para nosotros, era el último que Dios concedia á nuestros ruegos. Desde que llegamos, mi amigo se puso de rodillas delante del altar, y mas de una,

hora se mantuvo postrado en la inmovilidad de un grave y profundo recogimiento. Su semblante estaba inflamado, y sus ojos inundados de lágrimas. Su hijo mayor que estaba por detras y cerca de él, volviéndose á mí, me significó su extrañeza y su inquietud, y animado con la mia, se levantó y dijo á su padre, que ya era demasiado estar tan largo tiempo de rodillas, y que esto le podia incomodar.

Mi amigo volvió en sí, como si despertara de un sueño, y sentándose le dijo: Hijo mio, tú me arancas una satisfaccion, una dulzura con la que no puede compararse nada de lo que se llama placer en esta vida. Estaba meditando estas palabras de Job: „Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último de los dias me levantaré de la tierra para ver á mi Dios con los mismos ojos con que ahora veo lo que está delante de mí.“ Esta es la dulce esperanza que consuela mi corazon. ¡Dios grande! añadió, ¡cómo una Religion santa que nos promete tan altos dones, ha podido tener ningun enemigo de su verdad y sus promesas? Despues nos hizo sobre el mismo asunto muchas reflexiones tan justas como luminosas, y yo no cesaba de levantar mi corazon al cielo para darle gracias de su recobro.

Pero no fué de larga duracion nuestro consuelo; pues aunque despues de llegar á casa pasó algun tiempo sin novedad, cuando llegó la hora de los ejercicios devotos de la noche, y que uno de sus hijos se preparaba á empezar la acostumbrada lectu-

ra, mi amigo con un movimiento extraordinario gritó: Misericordia, Dios mio. Corrimos á socorrerle, y ya le hallamos sin razon ni sentido. Su letargo era profundo, y yo temia que fuese precursor de la muerte. El médico vino apresurado, y á pesar de sus esfuerzos, no pudo hacerle volver en sí. Mas de dos horas duró esta tan entera enagenacion, hasta que Dios quiso que poco á poco volviese á la vida, y recobrase el uso de sus sentidos.

Cuando ya estuvo capaz de ver y discernir los objetos, derramo la vista sucesivamente sobre sus hijos y los demas que rodeábamos su lecho, adonde le habiamos transportado. Sus hijos, que hasta entónces no habian dejado de llorar, no pudieron contenerse, y prorrumpieron en sollozos; pero mi amigo levantando un poco la cabeza, y ostentando en su semblante aquella seria dignidad que le era tan natural, me dijo: ¡Qué Mariano! ¿este es el fruto de la educacion cristiana que les hemos procurado dar?

Despues volviéndose á ellos les tomó las manos, y con una voz dulce y enternecida les dijo: Hijos mios, hijos de mi corazon, ¿no quereis que beba el cáliz que el Señor me envia? Y con esto se volvieron á renovar sus lamentos y nuestras lágrimas. El médico nos dijo que era menester calmar la viveza de nuestros sentimientos, que podian incomodarle. Con esto hicimos salir á sus hijos y los demas. El médico y yo quedamos solos, y en un silencio

profundo para procurarle algun reposo; y en efecto, poco despues le vimos alentar con la dulce respiracion de los que duermen.

El médico se acercó al lecho para examinarle, y me aseguró que era un sueño blando y apacible. Se determinó á pasar allí la noche para observarle, y estar pronto cuando despertara. Yo fui á hacer acostar á los hijos, y volví con el fin de hacerle compañía. El sueño del enfermo duró hasta las cuatro de la mañana. Cuando despertó pareció sorprendido de encontrarnos allí, y nos preguntó la hora; se la dijimos, y nos manifestó alguna pena de habernos hecho pasar tan mala noche, añadiendo que todavía no le parecia tan urgente este cuidado.

El médico se informó de lo que habia sentido interiormente en aquellos dos ataques, y le respondió, que uno y otro no habian traído ninguna preparacion antecedente, y que ambos habian sido golpes súbitos. Que la única sensacion de que le quedaba alguna idea era, como que sentia alguna cosa que le queria sofocar. Que en el primero habia sentido este efecto mas tiempo, porque no habia perdido la razon, y habia luchado contra su violencia; pero que el segundo, aunque mas fuerte, lo habia sentido ménos, porque se habia enagenado, y no podia dar razon de sí. Me parece, continuó, que tengo un enemigo interior que va adquiriendo fuerzas, y desenvolviendo progresivamente su violencia; pues la primera vez me dejó libre el uso de los sen-

tidos, y en la segunda me los ha quitado. En verdad, añadió sonriendo, que si va con pasos tan largos, presto llegará al término.

El médico le ordenó algunos remedios, que tomó con docilidad, y parecia tan bueno y despejado como si no hubiera tenido nada; pero esta mejoría pasajera no me tranquilizaba ya, pues la experiencia me habia hecho ver que su mal era pérfido y traidor. A las seis dijo mi amigo que deseaba levantarse, y que le parecia que estaria mejor en pié que acostado. El médico respondió, que no veia ningun inconveniente, y que por el contrario pensaba que la sangre circularia mejor. Nos pasamos á la pieza inmediata para darle lugar de vestirse, y yo me aproveché de esta oportunidad para buscar algun sosiego á mi inquietud.

Pregunté pues al médico, qué juicio formaba de aquella enfermedad; y con los ojos llenos de lágrimas me respondió, que era un pólipó en el corazón. ¿Y qué, le dije yo, no hay remedio? No, me volvió á decir: la medicina no le conoce; y cuando le hubiera, ¿cómo seria posible aplicarle á lo mas íntimo y escondido del pecho? Estas son entumescencias que se forman en sus interiores cavidades. Estas se llenan continuamente con el humor que cae en ellas: cuando cae tanto que ya no pueden contenerle, revientan, y al reventar producen estas súbitas explosiones que causan estos desmayos y parasismos. Si la naturaleza tiene bastante fuerza pa-

ra resistir á su violencia, pasan, y el enfermo se halla tan bueno como si no tuviera nada.

Pero la desgracia es, que miéntras goza de esta aparente salud, las cavidades vuelven á llenarse, y sigue alternando esta lucha de ataques y victorias, hasta que llega una tan violenta á que la naturaleza cede, y la muerte triunfa. Como nadie puede saber el grado de fuerza que trae cada ataque, nadie puede tampoco conjeturar cuál será el último. En general pocos suelen bastar para el estrago, y los de nuestro enfermo han empezado con tanta violencia, que temo que no pueda sufrir muchos. Ya no hay momento seguro, cada instante es un peligro, y es indispensable manifestarle el riesgo para que tome sus disposiciones.

Miéntras el médico hablaba, un sudor frío me cubria todo el cuerpo, y con una vista rápida se me presentaron la pérdida que íbamos á hacer, y los embarazos en que yo quedaba con su casa y sus hijos. Levanté mi corazón á Dios, y sin saber lo que hacia me puse de rodillas para presentarle mi humilde sumision. Allí le ofrecí el sacrificio de la vida de mi amigo, uniéndole con el de nuestro Redentor, y pidiéndole que aceptase tambien el mio. En esto nos vinieron á avisar que ya estaba levantado, y nos esperaba; le encontramos vestido, y me dijo al entrar: Apuesto que nuestro D. Francisco te ha explicado el juicio que forma de mis accidentes.

Si, le respondi yo, y me ha hablado con la sin-

ceridad de un hombre de bien. Entónces le repetí literalmente todo lo que me habia dicho, sin exagerar ni disminuir nada. Mi amigo lo escuchó con un semblante plácido y sereno; pero cuando acabó de oirme, animándose la alegría de sus ojos, y la sonrisa de sus labios, extendió los brazos, y presentándonos sus manos, que nosotros enlazamos con las nuestras, exclamó: Ve aquí dos buenos cristianos, dos amigos verdaderos: que el cielo que me los ha dado, les depare otros tan sinceros y fieles. Despues haciéndonos sentar, continuó diciéndonos: Amigos, no me decis nada de nuevo, nada que yo no sepa. Dias ha que conozco que se acerca el termino de mi vida, y ya se la he ofrecido á Dios en sacrificio de expiacion por mis pecados.

No ignoro que la muerte es el castigo del pecado, y el que ha cometido tantos como yo, debe aceptarla con espíritu de penitencia para obtener su perdón. Amigos, cuando yo considero lo horrendo que es caer en manos del Dios vivo, cuando no ha habido tiempo de purificarse de sus iniquidades y delitos; cuando me acuerdo que pude morir de repente, y sin un momento de separacion entre la violacion de la ley y la presencia del Juez supremo, me confundo, me abato y me horrorizo; y cuando considero que he pasado muchos años de mi vida culpable expuesto cada instante á este peligro, me estremezco de terror, y doy gracias al Dios de las misericordias de que no me haya querido sorprender

Hágase tu voluntad, porque es tuya; hágase, porque siendo tuya, me será favorable. Espero que has perdonado mis iniquidades, y que á pesar de su innumerable muchedumbre, me recibirás en el seno paterno de que me sacaste; porque tú eres mas bueno que lo que yo he podido ser malo; porque tu misericordia es mayor que mi perversidad; porque reclamo en mi favor los méritos de Jesucristo, que son míos, pues me los cedió en la cruz, y dejó pagados todos mis delitos con sus infinitas satisfacciones; porque tú no desprecias un corazón contrito y humillado; y en fin, porque pues moriste para redimirme, tú me ayudarás para salvarme.

Esta oracion fué articulada con tanto llanto y afectos tan sentidos, que nosotros nos deshacíamos en lágrimas. El médico, temiendo que tan impetuosa efusion de sentimientos apresurase los síntomas del mal, se acercó á él, y tomándole por la mano como para ayudarle á levantar, le dijo: Sosegaos, señor: ya Dios os ha escuchado, y por ahora necesitais de reposo. Mi amigo se levantó; pero continuó diciéndonos otras cosas de la misma especie.

Cuando logramos que calmara un poco los impetuosos ardores de conmocion tan viva, me dijo: Mariano, pues que cada instante es un peligro, no perdamos ninguno. Avisa al cura para que venga á confesarme. Yo le pediré que me traiga inmediatamente el viático de mi largo viaje, y que no olvide el oleo sagrado que debe ungir las ruedas del carro

que debe conducirme. El cura habia sido su confesor ordinario desde que se estableció en esta poblacion. Antes de venir este, pregunté á mi amigo si le recibiria en pié; y él me respondió, que una vez que la enfermedad lo permitia, esto le parecia mas decente.

Entónces reflexioné que era menester preparar un altar para recibir al Señor, y que si se sabia que era para mi amigo, querria acompañarle mucha gente. Con esta idea le propuse que podiamos preparar el altar en el gimnasio. Esta era una grande sala baja consagrada á los ejercicios de los niños en los momentos de su recreacion cuando el tiempo era húmedo ó lluvioso, y por su mucha extension daba lugar á un gran concurso. Mi amigo lo aprobó, y yo salí á ponerlo en ejecucion.

Miéntas el cura quedó solo con mi amigo para confesarle, yo me ocupé en ponerlo todo corriente; y apenas salió aquel para volver con el sagrado viático, cuando mi amigo me llamó, y me dijo: Yo no quisiera ver á mis hijos en este momento en que su presencia puede conmovier mucho mi sensibilidad, y quisiera emplear todas las facultades de mi alma únicamente en la visita que voy á recibir. Te ruego, Mariano, que los lleves á la iglesia para que acompañen al Señor de ida y vuelta, y que los prepares á someterse á las órdenes de la Providencia con la resignacion y la entereza de un cristiano.

Yo le propuse quedarme para asistirle; pero él me respondió: No: para eso bastan los criados; y lo que yo pido ahora á tu amistad es, que no ocupes tu atencion mas que en mis pobres hijos. Yo le obedecí, hice cuanto pude para que recibieran noticia tan dolorosa con la constancia y resignacion cristiana; pero no me costó poco tiempo y esfuerzo para ponerlos en estado de que me acompañasen á la iglesia. Allí encontramos ya un concurso inmenso, porque desde que sonó la campana con señal de viático, se propagó en un instante que era para mi amigo, y hubo una grande turbacion en el pueblo.

Muchos que ni siquiera sabian la enfermedad, se sorprendieron de que la primera nueva que llegaba á sus oídos fuese lo que suele ser lo último que se sabe, y todos parecian tan atónitos como consternados. Venian á mí con semblantes macilentos y descoloridos á preguntarme de la enfermedad y del estado del enfermo; y cuando yo les confesaba la ninguna esperanza de su recobro, prorrumpian en llanto y gritaban al cielo con el acento del dolor mas vivo. No se veia mas que un triste y desconsolado movimiento; no se oian mas que los acentos del suspiro, y los gemidos del afan. Esta escena fué muy terrible para mí, y acabó de destrozarme el corazon.

En fin, salió el cura conduciendo al Señor, y todos se pusieron en fila para acompañarle, formando una procesion tan numerosa, que casi ocupaba

el espacio que hay de la iglesia á la casa. Jamas hubo una reunion tan fervorosa y tan devota; jamas se ha implorado al cielo mas de véras. Pero ¿cuál fué el asombro del mismo pueblo, que esperaba encontrar al enfermo, como sucede por lo comun, recostado en su lecho, cuando le vió postrado en la puerta de la sala, que puesto á un lado, y dejando la entrada libre, esperaba de rodillas al Dios que por la última vez venia á visitarle?

La sorpresa y el dolor, á pesar de la reverencia que se debe al culto, excitaron un grito casi general. Los unos lo mostraban á los otros; todos se afligian, todos se consolaban sin poder discernir entre sus confusos sentimientos si debian afigirse de saber que iba á recibir los últimos sacramentos, ó si debian consolarse al verle en un estado que parecia tan léjos de peligro.

Cuando entraron á la casa y vieron á mi amigo arrodillado, se oyó que todos sin distincion, viejos, mozos y niños le dirigian en voz baja aquellas expresiones afectuosas que les arrancaba el dolor. Unos decian: Que Dios conserve á nuestro padre; otros: Que Dios prolongue con mi vida la de nuestro bienhechor; y todos: Que Dios tenga misericordia de nosotros; pero mi amigo inmóvil, y con la vista siempre fija en su Dios, parecia no tener sentidos para advertir las demostraciones y los discursos de los hombres.

Luego que el Señor pasó se levantó, y se puso

á seguirle. Cuando el cura le puso sobre el altar, mi amigo se postró allí delante; pero ¡quién podrá, Antonio mio, describir esta tierna y sublime situación! ¡Cuán luminosa era á los ojos de la fe, y cuán agradable debía ser á los espíritus inmortales que veían en la tierra una imagen de sus adoraciones en el cielo! ¡Cuánto debía complacerles un pueblo religioso, que humillado en presencia de su Dios le pedia con fervor la conservacion de un hombre benéfico, y que en las mismas oraciones que hacia! ejercia las virtudes de la caridad y de la gratitud,

¡Cuán agradable debía serles el esfuerzo de su religion, que á pesar de la actividad de su dolor y de la abundancia de sus lágrimas, contenia el ímpetu de sus sollozos y alaridos, para no interrumpir el respetuoso silencio que debe la fe á la magestad de tan alto misterio! Pero ¡cuánto mayor debía ser su placer cuando veían al penitente ya justificado, que lleno de sumision y de amor estaba haciendo á Dios el sacrificio de su vida, que esperaba recibirle para volar con él al seno de su gloria, y que presto seria el compañero de sus delicias inefables!

En cuanto á mí, Antonio, ya me parecia verle rodeado del glorioso resplandor de que ahora goza; ya creia descubrir en su semblante el augusto carácter de predestinado; y en efecto, en su rostro se manifestaba toda la firmeza de su fe; en la actividad de sus ojos, todas las llamas de su amor; en su solicitud fervorosa, todas las ansias de su corazón; y

en la dulzura y nobleza de su fisonomía, todo el consuelo de sus felices esperanzas. Yo no puedo resistir, amigo, á la impresion que me han dejado recuerdos tan dulces como tristes; mis ojos se deshacen en llanto, y mi corazón no basta á soportar sentimientos tan vivos. Que él me obtenga la dicha de llevarme cuanto ántes á las mansiones en que habita.

Cuando se acabó esta funcion divina en que tambien recibió todos los demas auxilios de la Iglesia, todos volvimos á acompañar al Señor, y él quedó sumergido en su profundo recogimiento; y desde que dimos fin á lo que exigia nuestra reverencia, volvió á empezar un nuevo clamor con que se desahogaba la inquietud general. Todos me cercaban para informarse de mí. Todos trabajaban para arrancarme una esperanza, que no les podia dar. Muchos ofrecian misas, penitencias y oraciones muy vivas, y ninguno dejaba de mostrar toda la amargura de su pena. Me costó tiempo y trabajo poder desembarazarme de una solicitud tan tierna como interesante; pero deseaba volverme presto para continuar mis oficios piadosos con mi amigo.

Tambien deseaba aprovecharme de un momento de soledad para volver á inculcar á mis jóvenes discípulos las máximas cristianas, á fin de fortalecerlos contra el natural dolor de su corazón, y que su justa sensibilidad no turbase los últimos suspiros de su padre. Por eso cuando volví con ellos á la casa, ántes que le vieses los llevé á mi cuarto, tanto por

que yo no me atreva á presentárselos sin su órden, como para que cuando este viniese, se hallasen ya preparados para trance tan amargo.

En efecto, cuando fué tiempo pasé con ellos al cuarto de mi amigo. Allí encontramos diferentes personas que habian venido á verle, y todos para consolarle le contaban las demostraciones públicas de dolor, y la consternacion general de todo el pueblo. Mi amigo para cortar discursos que podian lisonjear su vanidad ó su amor propio, respondia humildemente: Es misericordia de Dios que no me hayan conocido ántes, para que puedan dignarse de verme ahora con algun interes.

Pero al instante que quedamos solos llamó á un criado, y le dijo: Yo no quiero consumir la poca vida que me queda en visitas inútiles. Así, que en adelante no entren á mi cuarto mas que el señor cura, el médico, Mariano y mis hijos. Pero para que puedan saber de mi estado los que se interesan en mi salud, Don Francisco se servirá dar todos los dias una noticia por escrito, que podrán leer los que lo desearan; y que se les pida en mi nombre que me encomienden á Dios. Cuando se fué el criado, añadió: Ya no hay momento que desperdiciar: todo el tiempo es ya necesario para despedirme de los míos y prepararme á entrar en los insondables abismos de la eternidad.

Despues volviéndose á sus hijos, con un semblante risuëno y agradable, les dijo: Hijos míos! hijos

queridos! Dios concede una muerte muy dulce al hombre que mas ha merecido los castigos de su justicia inexorable. ¡Tiernos pedazos de mi corazon! no os aflijais, no lloreis por mí. Mi alma está nadando en un mar de alegría, y llena de esperanza y consuelo aguarda el momento en que su Criador se la lleve, y la sumerja en la indisoluble y deliciosa union que Jesucristo ha prometido á los que le adoran. Llorad, hijos míos, por los infelices que mueren sin haber conocido la excelencia y divinidad de nuestra santa Religion.

Pensad bien, considerad y nunca olvidéis estas sublimes palabras que nuestro Salvador nos dejó escritas: El que vive y crée en mí, no morirá jamas. Esta promesa divina está resonando ahora en lo mas íntimo de mi corazon, y cuanto mas me acerco al término de mis alientos, tanto mas mi espíritu se avanza, inclinándose hácia los brazos del Padre celestial, que quiere recibirme en la perpetuidad de su divina luz. Todas mis potencias embargadas con un dulce embeleso, meditan estas palabras de los oráculos divinos: Ya tu Dios va á introducirte en su eterno reposo: ya va á penetrar toda tu alma de todos sus resplandores; y un dia sacará tambien tus huesos de la obscuridad, para que reverbere sobre ellos el inmenso resplandor de su gloria. ¡Qué esperanzas, hijos míos! ¡Quién puede meditarlas sin fallecer de admiración y de amor?

Pues bien, hijos queridos, estas palabras de tan

gran consuelo han sido dictadas por Dios mismo, y hacen parte del cántico sagrado que la Iglesia consagra á los que mueren en su seno; estas palabras divinas van á cantarse presto sobre mi yerto cadáver cuando será conducido al cementerio. Vos las escucharéis, hijos míos; y os pido que las escuchéis con mucha atención, consuelo y reverencia cuando las canten sobre mí. Considerad entónces, que si ya no veis sobre la tierra mas que un cuerpo exánime, una ceniza fria, es porque mi espíritu ha volado al seno de su Dios, y que si el Señor me ha perdonado, ya goza con los bienaventurados de toda la felicidad del cielo.

Que esta consideracion, amados hijos, endulce la amargura del dolor natural, y con ella mi muerte, léjos de affigiros, pueda consolaros: que la verdad de la Religion supere á la ilusion de los sentidos, y que la fe sea mas fuerte que la naturaleza. Si yo no consultara mas que las reglas de la prudencia humana, debiera excusar á vuestra edad jóven, y á vuestro tierno corazón esta triste escena de dolor; pero vosotros habeis recibido una educacion cristiana, y sabeis que el hombre ha nacido para sufrir y resignarse. Debeis estar prontos á someteros á todas las disposiciones del cielo, y es bueno que os familiariceis desde luego con la vista y la imágen de la muerte. La muerte no puede ser terrible y pavorosa sino á los que abandonan la virtud; y tambien sorprende á la edad juvenil.

Yo quisiera dejaros establecidos y ya rodeados no solo de dos esposas virtuosas, sino de los hijos de vuestros hijos; pero como sé que Dios es nuestro Padre, y el mas amoroso de los padres, y que sabe mejor lo que nos conviene á todos, hago acallar este grito de la naturaleza, y me arrojo rendido entre los brazos de su providencia. Demasiadas pruebas me ha dado de su proteccion para entregarme á ella lleno de confianza. ¡Y cuál puede ser mayor que la que me presenta en este lance?

Discurrid, hijos míos, cuál seria mi desconsuelo si ahora que la muerte va á separarme de vosotros, en la edad en que empiezan los peligros, y cuando vuestra razon sin experiencia necesita todavía de una guia que os dirija, de un padre que os instruya, y de un amigo que os sostenga, el cielo no me hubiera deparado un sucesor que llena todos mis deseos, un sucesor que ha hecho con vosotros los oficios de padre mejor que yo mismo, y sobre cuyo buen corazón reposa el mío con descanso.

Ya sabeis, hijos míos, que desde que el cielo le condujo á nosotros, yo le traspasé todos los derechos de la naturaleza. Habeis visto el amor, el desvelo y la atención con que los ha desempeñado. ¿Cómo no creeré pues que continúe, y con mayor esfuerzo, si es posible, ahora que no los tiene de mí sino del cielo? Sí, hijos míos: Dios que con mi muerte os priva de la asistencia que yo os debía, la suple con la suya, y caracteriza su vocacion. Le